

apareció en forma humana sobre la tierra. ⁽¹⁾ Entonces fué concedido á los hombres el poder contemplar con sus ojos mortales y tocar con sus manos el reino de Dios. ⁽²⁾ Fueron aquellos los días de la gracia, los grandes días de la salvación; pero fueron de corta duración, y pasaron rápidamente como todas las visitas extraordinarias de la gracia. El Señor se fué, y la nube que lo ocultó á las miradas de sus discípulos sigue ocultándole á las nuestras.

Sabemos que se retiró al santuario del cielo para ser allí nuestro abogado cerca de su Padre, ⁽³⁾ pero, aunque cristianos, somos aún hombres, y sería pedirnos que nos despojásemos de la naturaleza humana el querer impedirnos envidiar la dicha de los contemporáneos del Salvador y sentirnos empequeñecidos en comparación de ellos, por cuanto ellos pudieron buscar, encontrar y ver la gracia de Dios en la tierra. Pero Dios no nos reprocha el que tengamos sentimientos humanos. Y por cuanto sabe que tenemos tanta necesidad de la gracia como los Apóstoles, y por cuanto no se arrepiente de sus dones, ⁽⁴⁾ no nos ha privado de la mediación visible de la gracia que apareció en la tierra con Jesucristo. Jesucristo nos ha abandonado, y, no obstante, permanece entre nosotros, no sólo por modo espiritual, sino de una manera visible y tangible.

Mientras vivió en la tierra, escogió una esposa con la cual compartió todos sus dones, y con la cual se identificó, de tal suerte que puede ser llamada carne de su carne, hueso de sus huesos y un sólo cuerpo con él. ⁽⁵⁾ Al abandonar la tierra, la dejó aquí bajo. Y así como la montaña, cuya cima se oculta en las nubes, no abandona á la tierra, así ocurrió con Cristo. La cabeza de la Iglesia ⁽⁶⁾ se oculta á nuestras miradas; pero el cuerpo de Cristo, la Iglesia, ⁽⁷⁾

(1) Tit., II, 11; 3, 4.

(2) I Joan., I, 1.

(3) Hebr., IX, 24; VII, 25. I Joan., II, 1.

(4) Rom., XI, 29.

(5) Ephes., V, 23 y sig.

(6) Ephes., I, 22; IV, 15; V, 23. Col., I, 18. Thomas, 3, q. 8, a. 1.

(7) I Cor., XII, 27. Ephes., I, 23; IV, 12, 16; V, 23, 30. Col., I, 18, 34; II, 19.

queda visible. Ahora bien, la cabeza y el cuerpo son inseparables; donde está la Iglesia, está Cristo; y recíprocamente, donde está Cristo está la Iglesia. ⁽¹⁾ Hoy como antes, todos podemos verle con nuestros ojos, tocarle con nuestras manos y recibir de él la gracia. Ninguno de los que desean vivamente la gracia de Dios debe exclamar: «¡Oh si me hubiese sido dado vivir en aquellos días felices en que el Hijo de Dios habitó visiblemente entre los hombres! ¡Cómo me hubiera apresurado á correr hacia él, cuán fácil me hubiera sido encontrar la gracia sin la que no puedo vivir!»

¿Pero acaso Cristo ha desaparecido de nosotros? No, en manera alguna. ¿Qué nos importa que no podamos tocar su cabeza, que desde lo alto de los cielos se inclina con amor hacia nosotros? ¿Acaso no nos queda su cuerpo? ¿No es suficiente que podamos aprovecharnos de éste á toda hora, si así lo deseamos? ¿No es suficiente que, con Tomás, metamos nuestra mano en su costado, pongamos esta mano sobre su corazón, y que, animados del ardor que experimenta al contacto de este corazón, exclamemos: «Oh Señor mío y Dios mío?» ⁽²⁾

Como á menudo se ha dicho con razón, la Iglesia es, pues, el Cristo visible en la tierra. El que escucha á la Iglesia, á Cristo escucha. ⁽³⁾ El que es miembro viviente de la Iglesia, es también miembro viviente de Cristo. ⁽⁴⁾ Aquel á quien ella perdona los pecados, queda perdonado por Cristo, del mismo modo que cierra el cielo al que se lo cierra ella. ⁽⁵⁾ Y así como Jesucristo es el camino que conduce al Padre, del mismo modo, la Iglesia es la vía que conduce á Cristo. Ninguno que no tenga la Iglesia por madre, puede tener á Dios por padre. ⁽⁶⁾

(1) Augustin., *In Joan. tract.*, 28, 1.

(2) Joan., XX, 27, 28.

(3) Luc., X, 16.

(4) I Cor., VI, 15; XII, 12, 27. Ephes., V, 30. Thomas, 3, q. 8, a. 3.

(5) Matth., XVIII, 18. Joan., XX, 23. II Cor., II, 10.

(6) Cyprian., *De unit. eccl.*, 6 (5). Augustin., *De symb. ad catech.*, 13 (VI, 582, c.).

El Hijo transmitió á la Iglesia aquel mismo poder y aquella misma misión que recibió del Padre, ⁽¹⁾ pero su misión consistió en traer la gracia y la paz al mundo, privado de gracia y de paz. Si Cristo es la gracia hecha hombre, la autoridad de la Iglesia no es otra cosa que la gracia, y la gracia por mediación humana.

Las palabras llenas de consuelo que el Salvador tomó por divisa: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo que me ha unguido; para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado; para sanar á los quebrantados de corazón; para anunciar á los cautivos redención, y á los ciegos vista; para poner en libertad á los quebrantados; para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón», ⁽²⁾ son también la verdadera expresión de lo que la Iglesia es para la humanidad.

5. La Iglesia como institución visible de salvación.—

Para traer la gracia y la salvación, el Hijo de Dios se hizo hombre. Por la encarnación de Dios, aparecieron entre nosotros, en forma humana visible, la base, la noción, el consuelo de nuestra fe, la prenda de reconciliación, la fuente de la gracia, el modelo de la santidad, el principio de la vida.

Jamás repetiremos suficientemente esta verdad, ya que ella nos lo dice todo. La aparición visible de Dios en forma humana fué el principio de la salvación de la humanidad, y la unión viviente con el Hijo de Dios visible y hecho semejante á nosotros, será eternamente la condición de la salvación para todos. Por la humanidad visible de Jesucristo, se ha hecho la unión de Dios con la humanidad, y por la Iglesia visible de Cristo, la unión de la humanidad con Dios. Pero la unión de Dios con la humanidad es la salvación, es el Cristianismo.

Por consiguiente, así como no hay salvación fuera de Cristo, tampoco la hay fuera de la Iglesia; y así como no hay Cristianismo sin Cristo, tampoco lo hay sin la Igle-

(1) Joan., XVII, 18; XX, 21.

(2) Luc., IV, 18, 19.

sia. Cristo es la salvación, y la Iglesia es el Cristianismo. ⁽¹⁾

Desde este punto de vista, no hay excepción para hombre alguno, por elevado, por sabio, por piadoso que sea, ni para ningún tiempo, cualquiera que sea el camino que haya recorrido en la vía del progreso.

Sin duda alguna que Dios hubiera podido escoger igualmente otros medios de salvación; pero si ha escogido éste y no otro, es porque tenía razones excelentes para ello. Si únicamente nos hubiese colocado en el camino de una unión intelectual con Él por medio de una especulación elevada de la inteligencia y de la absorción mística del sentimiento, para que pudiéramos reconciliarnos con Él y constituir con Él una unidad, ciertamente que esto hubiera lisonjeado mucho más nuestro orgullo, que la obligación de formar parte de una comunidad externa, en la cual los perfectos y los imperfectos, los fuertes y los débiles, los grandes y los pequeños, viven en común, como los miembros igualmente independientes y autorizados de un mismo todo. Pero el amor y la sabiduría de Dios no han querido que el medio de salvación se convirtiese en alimento de nuestro orgullo, y, por el hecho mismo, en nuevo perjuicio para los que tienen necesidad de salvación; ni tampoco han querido rechazar á millares de almas débiles, pero animadas de buena voluntad, para preparar á ciertos espíritus fuertes un camino conforme á sus deseos, aun á riesgo de no aprovecharse de él más de lo que se aprovechan del camino más fácil abierto á todo el mundo. De aquí que el Señor haya ofrecido, como primera condición de la salvación, un medio que es fácil para los pequeños y honroso para los grandes. Formar parte de una gran sociedad, por medio de la cual, Dios, hecho hombre, se une con nosotros en una unión y en un parentesco vivientes, como el marido se une á la familia de su mujer; y someterse á las leyes de una sociedad que tiene por jefe al mismo Dios, el cual no teme rebajarse y hacer causa

(1) Véase más abajo, XXII, 4.

común con nuestra bajeza y nuestra debilidad, he aquí lo que es fácil para los pequeños, al mismo tiempo que es para el más grande, que lo comprende, demasiado honroso para que jamás pueda considerarse digno de semejante gracia.

Esto nada absolutamente quita á las obligaciones interiores, espirituales, que el Cristianismo impone á cada uno. Lo que, como hemos aprendido á conocerlo hasta aquí, constituye la base de la salvación, á saber, la obligación de sacrificar el espíritu á la fe, el deber de hacer esfuerzos verdaderamente sobrenaturales para adquirir la virtud, la vocación á una vida espiritual, religiosa, perfecta, á una vida ideal, como conviene á hijos de Dios y á servidores de la gracia, todo esto permanece inquebrantable. Pero esto no está en contradicción con la ley fundamental de la vida cristiana, según la cual todo bien encaminado á poseer á Dios y á santificarnos debe existir en el terreno y bajo la protección de la sociedad formada por la Iglesia. Al contrario, precisamente con ello se llenarán las tres condiciones sin las cuales la mejor obra queda imperfecta y no puede ser agradable á Dios. Sólo por la unión exterior visible, las obras religiosas y morales adquieren esa unidad y esa comunidad, cuya ausencia conduce todo camino religioso á la destrucción antes que á la edificación del reino de Dios. Sólo por la adhesión más íntima á la institución de salvación, á la que Dios ha comunicado su omnipotencia, estamos ciertos que nuestros esfuerzos personales entrañan realmente ese carácter sobrenatural, cuya falta hace que jamás sean obras verdaderamente cristianas. Finalmente, sólo por la sumisión á la Iglesia como autoridad visible, ofrecemos la prueba efectiva de que con nuestra piedad y nuestra virtud no nos proponemos la satisfacción de nuestra glorificación personal, sino el servicio de Dios.

Pero,—si no nos forjamos ilusión alguna sobre el hombre—con estas últimas palabras hemos tocado la más grande ó la única dificultad que parece hacer imposible á gran número la sumisión á una Iglesia visible. Quieren servir á

Dios; proceden con seriedad cuando prometen hacer todo lo que ella exige de ellos; pero no se dan cuenta de que no han renunciado todavía, ni mucho menos, al pensamiento de disponer el servicio de Dios según sus caprichos.

Proceder como Saulo, hacerse decir por los representantes de Dios sobre la tierra lo que deben hacer, ⁽¹⁾ he aquí precisamente lo que rechazan, de tal suerte que se vuelvan tristes y afligidos como el joven del Evangelio. Evidentemente, es para ellos la prueba decisiva. Para que ésta, que es la más difícil, no comprometa todo lo que se ha conseguido, es absolutamente necesario insistir, desde el principio, sobre esto, á saber, que, para el cristiano, la condición última é indispensable para la salvación consiste en someterse á una Iglesia visible de Cristo y vivir según sus leyes.

6. La Iglesia como centro de unidad para la unión externa, para el pensamiento y para la vida interna.—

Así, pues, el primer fin que la adhesión á la Iglesia, como medio externo de salvación, debe alcanzar es éste: unir aquí bajo en la tierra, en la misma unidad, la misma igualdad y la misma comunidad de un reino de Dios visible, á todos aquellos que invocan el nombre del Señor.

Que el reino de Dios no puede estar allí donde todos creen ó no creen, allí donde cada uno interpreta á su sabor lo que confiesa con la boca, se comprende fácilmente. Pero tampoco está allí donde el que todo lo cree sinceramente, no concede importancia alguna á lo que profesa exteriormente con la boca; ni tampoco está allí donde uno dice: «Señor, Señor», pero no se considera en la obligación de hacer lo que el Señor exige de él, del mismo modo que tampoco está allí donde se exigen cosas diferentes del cristiano y del hombre. Toda medianía, toda división, toda separación, está muy alejada del reino del cielo. Solamente allí donde todos glorifican á Dios con un mismo corazón y una misma boca, y se someten unánimemente á su ley, envía el Señor vida y bendición. ⁽²⁾ Pero,—como es suma-

(1) Act. Ap., IX, 7.

(2) Rom., XV, 5, 6. I Cor., I, IV. Psal., CXXXII, 3.

mente claro, según lo que acabamos de decir—no se trata únicamente de la unión externa de los que sirven á un solo Dios, sino que se trata también de la igualdad, de la totalidad y de la unidad interna en el servicio de Dios. Poco importa que muchos millones de individuos lleven el mismo nombre y practiquen en ciertas horas los mismos ejercicios externos. De este modo, cada cual puede siempre pensar y obrar lo que quiera, pero allí no hay ni unidad, ni Iglesia, ni reino de Dios vivo. Tampoco es por esta unidad externa por la que el mundo puede conocer si el espíritu de Dios reside en sus servidores, sino por la unidad interna de cada uno y de todos juntos ⁽¹⁾ en el mismo pensamiento, en la misma fe y en la misma caridad. Con el arte de realizar esto, debe la Iglesia, que quiere ser tenida por la verdad, sostener la prueba. Y para llegar á este fin, necesario es precisamente que todos se unan á la Iglesia.

¡Cuántas sociedades que llevan el nombre de Iglesia están excluidas del reino de Dios por este solo principio! Con frecuencia cree uno expresar una gran cosa cuando dice: «Retírate en silencio á una pequeña habitación, cierra la puerta y los postigos, para que puedas servir á Dios en secreto. Nadie ha de saber en la calle que formas parte de la cofradía de los silenciosos. Entona cánticos en las iglesias, pero en los salones no molestes á nadie con tu religión. En los grandes días de fiesta, haz obras de buen cristiano, pero en tiempo ordinario sé hombre».

Pues bien, le preguntamos: «Con semejantes doctrinas, ¿pueden edificarse iglesias? ¿Cree uno poder alcanzar así la unidad y la totalidad de pensamiento, de voluntad y de vida? Y en caso contrario, ¿debe uno alabarse de poseer á Dios? ¿Acaso Dios es un Dios de división, ó de unidad?» ⁽²⁾

Esta cuestión penosa y decisiva es planteada con frecuencia por espíritus ilustres, pertenecientes á comunida-

(1) Joan., XVII, 21-23.

(2) I Cor., XIV, 33.

des religiosas, en las cuales, como ellos mismos se ven obligados á confesar, Dios no aparece oficialmente más que como el Dios del domingo, el Dios de la iglesia, el Dios que es preciso ir á buscar al templo cada semana; y de aquí que encaminen á menudo los deseos de su corazón hacia esta Iglesia, en la que tiene uno diariamente y á toda hora el Dios vivo del cielo, como Dios de la casa y de la familia. ⁽¹⁾ Sí, han adivinado la verdad. ¡Ojalá puedan también encontrarla! Allí donde las iglesias están abiertas, lo mismo los días de trabajo que los de fiesta; allí donde se ofrece el santo sacrificio en la reunión de los fieles, á fin de que éstos, después de salir del templo, aprendan á transformar en lugares de sacrificio el santuario de sus casas, la calle, la plaza pública y las sociedades humanas; allí donde se celebra solemnemente el culto de Dios en las grandes fiestas, pero donde está uno obligado también á profesar una verdad única é inmutable en la vida civil y política, á recordarse siempre de las mismas obligaciones religiosas, á observar los mismos mandamientos; allí donde el hombre completo, con su inteligencia, su voluntad y sus actos, allí donde la vida entera y el mundo entero están sometidos á una misma ley que rige el pensamiento y las acciones de todos, allí hay unidad, verdad y vida; allí, y solamente allí, está el cuerpo de Cristo, la verdadera Iglesia, el reino de Dios, la seguridad de la gracia y de la vida.

7. La Iglesia como puente que une lo natural á lo sobrenatural.—En lo que acabamos de decir se encuentra igualmente indicada la segunda cosa que debemos esperar de la Iglesia y la que debemos esforzarnos en alcanzar por mediación de ella. La idea de una autoridad de la Iglesia no es razonable y legítima, sino en la hipótesis de que ayude al cristiano á conseguir el reino de lo sobrenatural; y adherirse á ella no tiene valor para uno más que en el caso de que busque, por su mediación, su camino más seguro hacia la vida sobrenatural. Para el que niega lo sobrenatural, es la Iglesia naturalmente algo odioso, y el que

(1) *Perthes Leben*, (6) II, 118. Lotze, *Mikrokosmos*, III, 320.

es suficientemente ciego para creer que se basta á sí mismo y que puede conquistar el cielo con sus propias fuerzas, pensará por lo menós que puede prescindir de sus servicios, si no es que llega á rechazarla por completo.

Tenemos de esto un triste ejemplo en el fin del gran Leibnitz. Por largo tiempo estuvo muy cerca de la verdad y de la Iglesia. Fueron aquellos sus hermosos días, los días de la gracia; pero resistió demasiado tiempo á la voz de esta gracia que le gritaba: «Si oís hoy la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón». ⁽¹⁾ Alejóse entonces de la puerta, á la que en otro tiempo tan claramente había llamado. Porque hoy no es siempre; cada cosa en su tiempo. Hay un tiempo para ganar y otro para perder. ⁽²⁾ Y así, el gran hombre convirtiéndose en uno de esos ejemplos que desgraciadamente ofrecen gran número de los más distinguidos espíritus, los cuales nos enseñan con qué facilidad se desprecia la vida, cuando uno no sabe aprovecharse de la hora decisiva. Sí, los mismos grandes hombres, no comprenden, sino rara vez, la verdad seria, que el tiempo depende de un momento y que la eternidad depende del tiempo. Conceden una importancia tanto menos grande al principio de la vida sobrenatural, cuanto que nuestra salvación depende de ciertos instantes y de la fidelidad á los llamamientos de la gracia. Estos instantes y estos llamamientos, cada cual los ha visto repetirse muchas veces en sí mismo, y nadie puede decir que no sea falta suya, si ha perdido su vida y su eternidad. Nuestro filósofo era desgraciadamente uno de esos que no cuentan con los momentos de la gracia. Y así ocurrió,—como por otra parte ocurre con todos los que rechazan sus llamamientos—que se alejó cada día más de la verdad. Llegó por fin su última hora, y su viejo y fiel servidor exhortábale á recibir la Eucaristía. Fué esta la última vez que la gracia habló á su corazón, y lo hizo por boca humana; pero en vano: Leibnitz murió sin Iglesia y sin sacramentos. «No ha tenido necesidad

(1) Psal. XCIV, 8. Hebr., III, 7.

(2) Eccl., III, 1, 6.

de un sacerdote. ¿Qué hubiera podido enseñarle? ¿No sabía él mucho más que un sacerdote? No dudo que Leibnitz está en el cielo». ⁽¹⁾ Así escribía la buena duquesa de Orleans.

Pues bien, no formularemos juicio alguno sobre la suerte eterna de este hombre; él también, como los más pequeños, ha encontrado su juez y su justo juicio. Pero sí diremos que el sacerdote siempre hubiera podido enseñar dos cosas al gran pensador, dos cosas que, al parecer, le eran desconocidas. La primera, que era un pobre pecador, y que toda su erudición de nada le serviría, si Dios no le hacía gracia y misericordia; y la segunda que no debía contar temerariamente con la gracia de Dios, si rehusaba someterse á las condiciones que Dios ha instituído para obtener su gracia. Y aun hubiera podido añadirle una tercera, que aquel genio gigantesco no parecía haber comprendido, por cuanto supone un poco de humildad y de conocimiento de sí mismo: tal hubiese sido la verdad de que el hombre que se contenta con lo que puede alcanzar con sus propias fuerzas, pone ante sus ojos un fin excesivamente limitado, y que, por lo contrario, el que quiere elevarse por encima de la estrechez de su ciencia y su poder, hacia su fin verdadero y sobrenatural, no puede prescindir de un auxilio sobrenatural.

Pero aquí se encuentra esa piedra, de la que se ha dicho que: «El que no la tome por base, se estrellará contra ella». ⁽²⁾

Reconocer su estrechez ante sí y ante Dios, puede ocurrir; confesarla ante el mundo, es ya un gran sacrificio de que pocos son capaces; pero que el hombre deba servirse de la mediación de los hombres para elevarse sobre sí mismo y llegar á Dios, he aquí una exigencia desmesurada para el orgullo de su corazón. Si Dios pudiera resolverse á tratar al pobre pecador como un simple sujeto que

(1) Julian Schmidt, *Geschichte des geistig. Lebens in Deutschland, von Leibnitz bis Lessing*, I, 391.

(2) Matth., XXI, 44.